AÑO XXII.—NÚM. 6327

14 DE JULIO DE 1882.

REDACCION, MAYOR 24.

EL ECO DE CARTAGENA

Viernes 14 de Julio de 1882.

ECOS DE MADRID.

—o—

13 de Julio de 1882

¿Qué aguacero el del sábado!

—¿Pero qué es esto, no hay este
verano?—Ojalá fuera cierto: me ahorra
unos miles de reales.

—Aun en Madrid, ¿marques?

—¿Quién se pone en camino con
este tiempo...?Ya tenía hecho los mundos, pero
en ropa de verano... No es cosa de
ir á San Sebastian y tener que man-
dar encender la chimenea!—En vez de salir a buscar los ba-
ños, son ellos los que vienen á bus-
carnos.—Para qué ir á tomar aguas? Con
la que ha caído hoy tenemos bas-
tante, y se ahorra uno el viaje, la
forada y las propinas.

—Estamos en plena liquidación!

—Los madrileños no se contentan
ya con que les anticipen los usure-
ros sus haberes y rentas; también
parece que han querido anticiparse
el Otoño.

—¿Y hace un frío espantoso!

—Ahorro en helados!

—Con el churrón y la gente que
ocurre el baño va á quedarse Ma-
drid limpio de polvo y paja.Las anteriores frases y otras no
menos pintorescas, inspiró á los ale-
gres vecinos de Madrid el terrible
aguacero con que nos obsequiarop
las nubes.Hemos podido hacernos la ilusión
de que respiráramos las frescas bri-
zas del Océano.Pero después... después ha vuelto
el calor, se ha ido la Corte, se han
cerrado las Cámaras, se han dise-
minado los ministros, y ahora si que
podemos decir:

—¡Estamos frescos!

Falta hacia el regalo de las nu-
bras. El fuego ardía en las venas... Qué
de horrores!Una tabernera de la calle de Bo-
nafino, se encontró frente á frente
de un par de mozos cruos.

Los dos comenzaron á insultarla.

¿Creen los lectores que se amila-
nó? Por supuesto! ¿Qué hace? Coge
un garrote y palo á este, y palo á
aquel, rompió á uno de ellos la ca-
beza.Poco ántes tenía lugar una escena
sangrienta en un ventorro de las
afueras de Madrid.Allí vivían un hombre y una mu-
jer, según unos esposos, según otros,
amantes. Los dos reñían á menudo y
el día de la catástrofe, llegó él algo
debido.Las versiones más autorizadas re-
fieren que á poco de estar juntos rean-
daron la interrumpida y cotidiana
plena.El hombre cogió una vara y com-
enzó á pegar á la muger: ésta se
apoderó de un cuchillo y se lo clavó
al hombre en el vientre, dejándolo
cadáver.—¿Que es lo que he hecho, Dios
mío? cuentan que decía entre sollo-
zos cuando se presentó la guardia
civil en el teatro del crimen.—¡Una hombrada! pudieron con-
testarle.Por desgracia la muger se hom-
brea mas y mas cada día.Una joven decentemente vestida,
de veinticuatro á veinticinco años,
y por añadidura muy bella, llegó al
pretil del campo del Moro y se arro-
jó, quedando muerta.Al pronto no pudo ser identifica-
da su persona. Después se ha con-
tado una historia vulgar, pero siem-
pre muy triste. Aquella mañana se
había celebrado una boda y había
muerto una dulce y legítima espe-
ranza.Por la tarde salieron los recién
casados en el expreso del Norte; y ca-
si al mismo tiempo se arrojaba á los
brazos de la muerte la pobre joven
abandonada.Oh! pero la escena terrible, es la
que acaeció en la calle de Malasa-
ña.Las heroínas eran dos traperas.
No las he visto, pero me las figu-
ro. Viejas ya, mal vestidas, enjutas,
musculosas, bandadas á fuerza de
copas de aguardiente, harapientas,
desgrenadas, conaturalizadas ya
con la basura y tan sucias de cuer-
po como de alma.Esas pobres mugeres que viven
de arrastrarse por el suelo, que es-
tan en contacto con todas las in-
mundicias del vecindario, aunque
parecen humildes, son la soberbia
encarnada en la misericordia.¿No han de creerse superiores si
solo ven el mundo por lo que tiene
de más abyecto?Apenas adquiere una traperera la
parroquia, como ellas dicen de una
calle, ya se cree dueña de ella. Todo
lo que arrojan las casis es suyo; el
trozo de papel, el mendrugo de pan,
el hueso pelado, el enredijo de ca-
bellos, el retazo de tela... todo le per-
tence. Reina y señora de aquellos
restos de la vida humana, no puede
tolerar que alguna otra traspase las
fronteras de su territorio. Ni el tigre
mira como ella á las intrusas, defien-
de sus dominios como el chacal su
madriguera. Ay! de la que se atreve
á suplantarle Celos, envidia, codicia
crueldad, todas estas pasiones esta-
llan en su pecho avivadas por el micro-
hol que circula en sus venas; y en-tonces sucede...! que sucedió la otra
mañana.Dos traperas se disputaban el im-
perio de la citada calle; hacia ya días
que se miraban con malos ojos, que
se insultaban... la lucha era inimi-
cante.Las dos teniendo por padrinos en
el provisto duelo á las espaldas
lanzando á los ganchos, se aga-
raron á brazo partido, por intuición
se lanzaron á los respectivos moños
una de ellas se quedó en la mano
con el de su compañera, que era pos-
tizo—oh! refinamiento de la coquete-
ría—y al sentir el dolor que le pro-
ducía su rival arrancándole el suyo
que era natural cogió con los dien-
tes uno de los carillos de la otra y
la sacó un pedazo.Cuando las separaron la vencedo-
ra en la mano el moño de mentiriji-
llas, y entre sus dientes de hiena, el
pómulo de su enemiga. Una fué á la
cárcel, la otra á la casa de Socorro.—Era de esperar decía uno de los
que presenciaron el combate; no en
valde se llama esta, calle de Mala-
saña.La celebridad persigue al perro
Paco hasta después de diezado. Dos
personas se disputan su posesión: el
que albergó en su casa durante la
enfermedad y una señora que costó
los gastos, de su cura dicen los pe-
siódicos, pero yo creo que es más
exacto decir, de su muerte. ¡Y habrá
pléit!Veán ustedes las ventajas de la
nueva contribución sobre los canes.
Si hubiera estado en práctica, habria
un documentito en toda regla que
acreditase la propiedad. Po que aho-
ra, gracias á la influencia que ha
o ejercido el pobre Paco, los perros se
han elevado á la categoría de perso-
nas y tienen su registro civil.Compra uno un perro: tienen que
darle su contrato y su medalla, es
decir la del can. Se muere el animal
to certificación del veterinario al can-
to. Todo esto representa dinero y
sellos de recibos.Ah! cuantas perradas van á hacer
con los perros sus amos cuando em-
piece á cobrarse la tal contribución.Los fi les animaditos los colmarán
de caricias; pero ellos, nada...—No le conozco, nada tengo que
ver con él diran al cobrador.¡Cuántos desengaños van á sufrir!
Algunos hasta se morirán de pena.Pero otros en cambio... me temo
que algunas pantorrillas ingratis cor-
ren peligro.

JULIO NOMBELA.

ALEJANDRÍA.

—o—

Alejandría, «ciudad de Alejandro
Magno», fundada en el año 331 an-
tes de Jesucristo, estuvo situada en
la llanura que separaba el lago Me-cotis del mar Mediterráneo y delan-
te de ella en la extremidad Noroeste
de la isla de «Pharos» unida á tierra
firme por el céebre muelle «Heptas-
tadium» (donde se levanta hoy la
ciudad moderna), aparecía la eleva-
da torre, «faro», que se iluminaba
durante la noche con luz clarísima,
para servir de guía á los navegan-
tes.Su construcción se hizo con arre-
glo á planos del arquitecto Dinócra-
tes, y ocupaba una superficie de tres
miriámetros cuadrados; tenía dos
grandes puertos formados por el
«Heptastadium», sin contar el del
Nilo, llamado «Kibotory», y otros dos
más pequeños. En el barrio «Bru-
chium», que era el aristocrático, se al-
zaba el palacio de los Ptolomeos, el
Museo, la grandiosa Biblioteca, el
sépulcro de Alejandro, los mausoleos
de varios reyes, el teatro y otros mo-
numentales edificios.En el barrio «Emporium», que era
el centro del comercio con el Asia,
estaban los inmensos arsenales en
cuyas gradas se construían aquellas
veleras naves que más de una vez de-
rrotaron á las armadas de Grecia y
Roma. Más allá, en las cercanías de
la ciudad se veían el histórico «Se-
rapeum», último baluarte y refugio
de la teogonía politeísta del paganis-
mo, y la «Necrópolis», cuyas ruinas
existen todavía. También había allí
profundas cisternas abiertas en ro-
ca viva á una profundidad de 83 me-
tros, de las cuales por medios me-
cánicos, hoy ignorados, se elevaba
el agua potable para el consumo dia-
rio de la población.Muerto Alejandro Magno, los Pto-
lomeos la declararon capital de
Egipto con 300.000 habitantes li-
bres y doble número de esclavos, y
pudo rivalizar con Antioquia y Ro-
ma. El año 29 de la era cristiana
cayó en poder de Octavio el vence-
dor de Cleopatra. Más tarde se su-
blevó contra la dominación de Cara-
calla, que hizo allí matanza horri-
ble, y de Diocleciano, cuyos solda-
dos devastaron y saquearon el «Bra-
chium», incendiando sus preciosos
monumentos.El año 389 fué consagrado el «Se-
rapeum» en iglesia cristiana dedica-
da á S. Arcadio.Los árabes á las órdenes de Am-
r caudillo del califa Omar, entra-
ron en Alejandría el año 641. Qui-
sieron quemar la magnífica biblio-
teca de esta ciudad y Amron se opu-
so á oponer la opinión de Omar.Oeste, respondió: «Si espe-
ran conformes con el Koran
de si no lo están, son per-
niciosos, destruílos.» Así se
perdió la riquísima biblioteca.Las de Oriente promovie-
ron el comercio y aumen-
taron su prosperidad pero los ma-
melucos y los osmanlis destruyeron